

VECINOS



KGB

CERCANOS



GRU

Y

NUEVA HISTORIA
DEL ESPIONAJE
SOVIÉTICO

DISTANTES

JONATHAN HASLAM

Ariel

Índice

- Portada
- Citas
- Jerga de los servicios de inteligencia rusos (período soviético)
- Mapas
- Prefacio
- Introducción
- 1. Empezar de cero
- 2. Pero ¿quién era el principal enemigo?
- 3. Criptografía: atrofia por abandono
- 4. ¿Qué amenaza alemana?
- 5. La prueba de la guerra
- 6. Ventaja en la posguerra
- 7. Desintegración
- 8. El escenario alemán
- 9. La pérdida de la fe
- 10. La brecha informática
- 11. Orgullo antes de la caída
- Conclusión. Emerger de entre las sombras
- Apéndice 1. Organizaciones soviéticas de espionaje en el extranjero
- Apéndice 2. Agentes que traicionaron al régimen, desertores incluidos
- Notas
- Bibliografía
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para nosotros, los servicios de inteligencia son sagrados, una cuestión de ideales.

STALIN

El miedo tiene ojos grandes.

PROVERBIO RUSO

Jerga de los servicios de inteligencia rusos (período soviético)

Agenturíst: agente responsable de dirigir a otros agentes

Aktívnyaya razvédka/aktívka («espionaje activo»): terrorismo y sabotaje

Aktívnyye meropriyátiya («medidas activas»): propaganda negra, chanchullos, etc.

Boevýe shífry: claves de cifrado y códigos operativos

Bolshói Dom (literalmente, la «Casa Grande»): Komintern, posteriormente la Lubianka

Chertvyórtyi: Cuarto Directorio del Personal/Estado Mayor, posteriormente GRU

Dezá (dezinformátsiya): desinformación

Enkavedíst: empleado del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos o NKVD (GUGB), la seguridad del Estado

Ente-eróvsev: agente del espionaje técnico y científico

Gámma: secuencia de cifrado/código de un solo uso

Gebíst: agente de la seguridad estatal

Geberóvski: agente de la seguridad estatal

Gereúshnik: agente del GRU

Kagebíst/kagebéshnik: agente de la KGB

Kirpích (literalmente, «ladrillo»): supervisor de delegaciones en el extranjero

Komitétchik (literalmente, «hombre del comité»): agente de la KGB

Kontóra (literalmente, «oficina»): Primer Directorio General de la KGB en Yásenevo

Krokíst: agente del contraespionaje, seguridad estatal (OGPU)

- Krýsha** (literalmente, «techo»): identidad falsa/tapadera
- Lástochnik** («golondrina»): espía femenina empleada para seducir a un objetivo
- Lesá** («los bosques»): escuela de la KGB, posteriormente el Primer Directorio Principal en Yásenevo
- Lózung**: chuleta para descifrar un código
- Marshrútnyi agént**: empleado de la seguridad estatal encargado de las comunicaciones
- Nevidímyi front** («frente invisible»): servicio de inteligencia secreto
- Óboroten** (literalmente, «metamorfo»): chaquetero/traidor
- Omsóvets**: agente del departamento del Komintern dedicado a las comunicaciones internacionales
- Opér**: abreviatura tanto de *Operatívnyi sotrudnik/ofitsér* como de *Operabótnik*
- Operabótnik**: agente de la KGB
- Operatívnyi sotrudnik/ofitsér**: agente del GRU
- Opertékhnik**: agente técnico
- Operupolnomóchennyi**: agente responsable de una operación concreta
- Osobísty**: agente del GRU
- Osóbye meropriyátiya** («medidas especiales»): asesinato y otras tareas autorizadas exclusivamente por el Politburó
- Osóbye zadáchi** («tareas especiales»): asesinato y otras tareas autorizadas exclusivamente por el Politburó
- Osvedomítel**: espía informativo
- Pe-eróvets**: espía político
- Podkrýshnik**: agente encubierto con máxima protección
- Razvedupr (Razvedyvatel noe upravlenie)**: término genérico para designar el espionaje militar
- Rezident**: jefe de una base de espionaje secreta
- Rezidentura**: oficina o base de operaciones de los servicios de espionaje rusos en el extranjero
- Sapogí** («botas»): término de la KGB para designar a sus homólogos en el GRU

Sem (literalmente, «eliminación»): captura de un traidor

Shifrográmma: telegrama cifrado

Svádba (literalmente, «boda»): captura de un traidor

Tsereúshnik: agente de la CIA

Verbóvshchik: agente especializado en reclutamiento

Vorón («cuervo»): agente masculino empleado para seducir
a un objetivo

Zagrantóchka: destino en el extranjero







Prefacio

El papel de los servicios secretos de espionaje en la historia de las relaciones internacionales se ha pasado por alto de manera general. Estamos en deuda con los impertérritos rompehielos que, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, siguieron adelante y se adentraron en estas aguas ignotas e inhóspitas.¹ Su deseo de una mayor transparencia cosechó lentamente resultados en ambas orillas del Atlántico. Las investigaciones en torno a la historia de los servicios de inteligencia de Occidente realizadas a título posterior han sido posibles gracias a la mayor libertad de información propiciada por esta presión sostenida.

En cambio, en el Este, ni siquiera los más optimistas albergaban esperanzas de que en algún momento se pudiera acceder a información de esta índole. Lo que salió a relucir procedió de manera inevitable de desertores del Comité para la Seguridad del Estado (KGB), como Oleg Gordievski, que colaboraron con los servicios de inteligencia occidentales, y era información fiable. Aun así, incluso cuando los desertores describieron la imagen más completa de la KGB que fueron capaces de aportar, sus conocimientos siempre eran someros debido a la rígida compartimentación de los secretos oficiales; rellenar los huecos de esos conocimientos con rumores y conjeturas únicamente complicó más las cosas. Y la KGB no lo era todo. Es posible que fuera el servicio de espionaje más extenso del mundo, pero centraba su labor sobre todo en el ámbito nacional, un papel que nunca desempeñó su equivalente militar, el Departamento Central de Inteligencia (GRU), el segundo servicio de inteligencia más grande del mundo. De manera que la KGB, sin

el GRU, no es más que la mitad de la historia. A pesar de ello, no existen memorias del GRU trascendentes y, desde luego, ninguna comparable a la información que se posee acerca de la KGB.

A resultas de ello, hasta el momento no se ha producido ningún volumen general que englobe *todas* las ramas del espionaje soviético: la KGB y el GRU, el espionaje humano y el espionaje de las comunicaciones, así como las operaciones de espionaje y contraespionaje en el extranjero. Y dado que la historia es tanto perspectiva como información, los huecos en esos conocimientos revisten suma importancia.

Para ser precisos, las nuevas revelaciones más detalladas, en especial dos gruesos volúmenes escritos a dos manos por Christopher Andrew y el teniente coronel Vasili Mitrojin, se centran en la KGB y casi exclusivamente en los años de la guerra fría (1947-1989).² Mitrojin, uno de los más antiguos archivistas de la KGB, dedicó más de una década e incluso arriesgó su vida para tomar apuntes de los archivos del Primer Directorio General (servicio de espionaje en el extranjero) durante su traslado desde la Lubianka, cerca de la calle Gorki, hasta la nueva y resplandeciente sede central en Yásenevo, en «los bosques». De este modo derribó la presa de secretismo que se había mantenido incólume durante más de siete décadas.

Sin ningún género de duda, ambos libros en su conjunto representan un logro fascinante. Y causaron un verdadero revuelo al dejar a los espías soviéticos, hasta la fecha ocultos, expuestos a la mirada inquisidora de una publicidad no deseada. La mayoría, aunque no todos esos archivos, se encuentran hoy disponibles para inspección pública en el Archives Centre del Churchill College, en la Cambridge University. Su disponibilidad ha transformado de manera incuestionable nuestro conocimiento del funcionamiento interior de la KGB en sus operaciones en el extranjero.

Sin menoscabo de la magnitud incuestionable de las revelaciones de Mitrojin, lo cierto es que los archivos adolecen de determinados problemas, el más importante de los cuales es el hecho de que el gobierno británico, que autorizó su publicación, ejerció su censura sobre lo que se ha puesto a disposición del público. Nueve archivos sobre Gran Bretaña y veintinueve sobre los Estados Unidos (ochocientas páginas de «denso texto mecanografiado») continúan clasificados.³

Sin duda a resultas de las restricciones al acceso impuestas por los británicos, los rusos aparecen como los investigadores exclusivos de las operaciones. Pero ¿debemos suponer que Moscú tomó siempre la iniciativa y que Occidente se limitó a reaccionar? Sabemos por otras operaciones realizadas en el Tercer Mundo, por ejemplo, que la CIA y el MI6 no se quedaron de brazos cruzados. Pese a ello, sólo se han aireado los trapos sucios. ¿Cómo puede uno escribir un relato ecuánime de un conflicto de larga duración si más de la mitad de las fuentes se han eliminado de manera deliberada?

El dilema que afronta el historiador del mundo contemporáneo se ve aquí potenciado en su forma más extrema: seguramente sólo los más ingenuos supondrán que lo que se nos ha ocultado con tanto tesón es menos importante que lo que se ha revelado con tamaña franqueza. El historiador honesto del pasado reciente se halla, por consiguiente, a expensas de quienes ostentan el poder, y sus prioridades no coinciden necesariamente con las nuestras. Lo cierto es que las agencias autorizadas de cualquiera de los bandos no consideran un asunto de interés nacional ofrecer una perspectiva imparcial del pasado. Su trabajo es velar por esos intereses frente a lo que sea. De ahí que tengamos que fiarnos de indiscreciones y revelaciones no autorizadas por parte de desertores hostigados por sus antiguos empleadores.

A ello se suman problemas adicionales surgidos no a resultas de ningún organismo, sino de la coyuntura. El Archivo Mitrojin se centra de manera exclusiva en el espionaje humano, mientras que la esfera crucial de la criptografía rusa se obvia porque Mitrojin no tenía acceso a ella. Esto podría bastar para algunos. Al lector suelen cautivarlo más los relatos épicos. Al fin y al cabo, los espías resultan en cierta manera accesibles, incluso glamurosos, al investigador escéptico de hallar sensaciones tras conocer la sórdida realidad inmortalizada por el exagente del MI5/MI6 David Cornwall (John le Carré).

Sólo el lector intrépido querrá dar un paso más y trascender a los agentes secretos para adentrarse en una nueva dimensión: los cuartos de atrás donde el lápiz ha resultado infinitamente más poderoso que la espada. Ahora bien, es también buscando ahí donde se detectarán evidencias de las intenciones del adversario.

La desatención hacia las actividades de Moscú en esta esfera se justificó por el foco de interés que representaban los espías en sí. Mientras que los estadounidenses elevaron la descodificación de las comunicaciones del enemigo al máximo nivel en cuanto a espionaje se refiere, un nivel que exigía una pericia excepcional en diversos campos (ingeniería, matemática, lingüística, estadística e incluso el mundo de la imaginación), por tradición los rusos se adhirieron a un orden distinto de prioridades. Con todo, la criptografía soviética no debe subestimarse. También es digna de investigación.

Con respecto al espionaje humano, los rusos siempre fueron más fuertes en contraespionaje que en los servicios de inteligencia en el extranjero. Algunas de las mejores operaciones en el exterior dirigidas contra el adversario principal las pusieron en marcha exagentes de contraespionaje que, por ende, estaban mejor equipados para superar en ingenio a sus homólogos extranjeros. No obstante, Andrew y Mitrojin no reflejan plenamente este aspecto. A ello

se suma que, puesto que era menos factible que los agentes de contraespionaje desertaran, su versión de la historia recibe menos cobertura.

Por último, la extensa historia de la segunda organización de espionaje más extensa del mundo, la inteligencia militar soviética (el GRU) permanece íntegramente fuera del alcance de Mitrojin y, por consiguiente, aún tiene que salir a la luz.

Así pues, aunque Andrew y Mitrojin han rellenado muchos de los huecos mencionados, el registro publicado del cual disponemos sigue irritantemente incompleto. Y ello acarrea importantes consecuencias. Basándonos en los materiales que se han publicado, en el mejor de los casos podemos afirmar que una persona concreta fue o no agente de la KGB y que la KGB lanzó o no una operación particular (salvo, claro está, que tal operación se perpetrara contra los Estados Unidos); los materiales disponibles no nos permiten aseverar que un espía potencial pudiera trabajar para el GRU o que el GRU dirigiera una operación concreta.

Es más, con todo el respeto hacia la KGB, algunas operaciones (asesinatos específicos cuya autorización procedía directamente del Politburó) podrían ser demasiado delicadas para hallarse en los archivos a los cuales tuvo acceso Mitrojin. Es posible que se retuvieran en el departamento de operaciones pertinente, como ocurrió con los archivos personales, incluido cierto material relacionado con el célebre espía de Cambridge Kim Philby. De manera que el hecho de que Mitrojin no encontrara nada acerca del intento de magnicidio contra el papa Juan Pablo II, por poner un ejemplo conocido, no demuestra en absoluto ni la complicidad ni la inocencia de los soviéticos. La ausencia de pruebas no es una prueba de ausencia.

De haber sido éstas nuestras únicas fuentes procedentes de Moscú, los intrépidos exploradores en las estribaciones tal vez habrían abandonado toda esperanza y habrían desandado el camino. Pero, por suerte, se ha publicado un